

D · ESPUÉS DEL DERRUMBE DE LOS REGÍMENES DEL SOCIALISMO real de Europa oriental y central, quedó de manifiesto la debilidad de la doctrina marxista-leninista para explicar por qué el mercado sigue siendo el principal articulador de las relaciones sociales en un contexto donde la globalización económica les confería un papel más protagónico a aquéllas. Esto también activó las reflexiones acerca de la nula viabilidad de una representación política autoritaria, dictatorial, y se proponía como solución la democratización de las instituciones políticas, junto con la construcción de organizaciones sociales más vinculadas con los intereses de los diversos grupos. Al mismo tiempo, se ideologizaba en extremo las virtudes de la llamada “sociedad civil” ante la imposibilidad de que el Estado siguiera siendo el garante del bienestar colectivo.

A pesar de esos cambios mundiales, John E. Roemer considera que el socialismo¹ es un ideal que “merece la pena perseguir [...]” y que puede tener sentido si se opta por la vía del llamado “socialismo de mercado”, es decir, que las instituciones puedan instrumentar soluciones a los problemas que el capitalismo genera. En consecuencia, el mercado para Roemer no es una “[...] estructura mínima organizadora de la competencia entre individuos con talento [...]”, según el punto de vista de la economía neoclásica, sino que es “[...] parte de un entramado de instituciones creadas por los hombres, a través de las cuales son pasteurizadas y refinadas todas las contribuciones individuales”. Dicha perspectiva le permite entonces suponer que los socialistas desean la igualdad de oportunidades que permita a los sujetos acceder a los beneficios del desarrollo.

El supuesto de la igualdad de las oportunidades, el cual finalmente es la base de su propuesta de socialismo de mercado, se encuentra conformado por los siguientes principios: autorrealización y bienestar, influencia política y estatus social. El primero lo define como el desarrollo de los talentos individuales bajo la existencia de ciertas circunstancias que lo permitan. Para esto, según Roemer, los socialistas, a diferencia de los conservadores, tienen como pregunta central qué se requiere exactamente para igualar oportunidades. Por eso “[...] la igualdad de oportunidades requiere una compensación o un subsidio especial para aquellos a quienes se ha negado el acceso a los privilegios”.

Sin embargo, el autor establece que la actual sociedad no se encuentra organizada para igualar las oportunidades de autorrealización y, por tal motivo, plantea en térmi-

¹ La propuesta de Roemer se inscribe dentro de la corriente del marxismo analítico que se basa en varios supuestos de las teorías de la elección racional. Véase Enrique de la Garza Toledo (1994), “Las teorías de la elección racional y el marxismo analítico”, *Estudios sociológicos*, núm. 35, México, El Colegio de México-Centro de Estudios.

nos del marxismo analítico, lo siguiente: “[...] deberíamos de elegir aquella que maximizara el nivel de oportunidades de autorrealización que puede conducirse como nivel igual para todos”. Al mismo tiempo, resalta que el fundamento de la acusación marxista de la explotación en realidad es una condena ética, lo cual resulta discutible, a la “[...] injusticia de la desigualdad con que están distribuidos los derechos de propiedad de los medios de producción”.

Por otro lado, Roemer no explica en qué consisten los otros dos postulados, los que también forman parte de las condiciones de igualdad de oportunidades, ni ofrece al lector ninguna justificación por haber hecho esa omisión.

Después de establecer sus supuestos, el autor concluye con respecto a la llamada propiedad pública, que los socialistas deberían inclinarse por medidas que organizaran los derechos sobre las empresas y otros recursos para fomentar la igualdad de oportunidades. Es decir, el asunto resulta más instrumental y deja de tener una trascendencia filosófica; por eso realiza una crítica a los socialistas que transformaron la propiedad pública en un fetiche porque creían que era una condición indispensable del socialismo.

Sin embargo, es partidario del control público; quiero entender que de las instituciones, sobre las inversiones por la producción de las externalidades (los efectos sociales tanto positivos como negativos provocados por los inversionistas y que muchas veces no han sido previstos) que impiden —nuevamente se encuentra presente una idea propia de la microeconomía— la asignación eficiente de ella y por eso los mercados no son perfectos o no tienen el funcionamiento esperado por los agentes económicos (productores y consumidores).

El control público se entiende, dentro de la argumentación de Roemer, como la existencia de una legislación que limita al derecho de venta y al derecho de acumulación. Esto se acerca a lo que se ha dado en denominar “propiedad social-republicana”, que no es más que una manera de referirse a las restricciones a las cuales debe ajustarse la propiedad privada individual.

La idea de socialismo de mercado, según Roemer, tiene su historia, y tanto Friedrich Hayek como Oscar Lange tienen mucho que decir al respecto. En este caso, Roemer distingue cinco fases: la primera tiene que ver con el descubrimiento, por parte de los socialistas, de que el socialismo necesitaba utilizar los precios para realizar el cálculo económico, “[...] la contabilidad basada en alguna ‘unidad natural’, como la cantidad de energía o de trabajo incorporados en las mercancías, simplemente no podía funcionar”. Mientras, la segunda fase se orientó por la creencia de que sería posible calcular los precios de equilibrio general en una economía socialista mediante la solución de un complicado sistema de ecuaciones simultáneas.

La tercera etapa está marcada por el descubrimiento de Oscar Lange acerca de que los mercados reales eran necesarios para encontrar el equilibrio general socialista porque una agencia central de planificación no tenía la información suficiente para realizar su cálculo. En este caso, la propuesta de Lange era: “Los precios de los bienes de consumo serían determinados por el mercado y serían modificados por institucio-

nes encargadas de las negociaciones salariales. La tasa de inversión o de acumulación sería fijada por la agencia central de planificación”.

La propuesta de Lange recibió la crítica de Hayek en el sentido de que la agencia central de planificación no podía, mediante un procedimiento de tanteos, determinar los precios de los bienes industriales. Sobre todo, porque el tanteo no iría al parejo de los cambios que se presentarían a nivel de la economía y, además, que el precio de una mercancía depende de otros precios. A esto debe agregarse, según Hayek, la problemática que se les presentaría a los ejecutivos para encontrar los métodos de producción de menor costo. En resumen, la crítica de Hayek vino a fortalecer las posiciones que se alzaban en contra de la planificación económica estatal, que era vista como una alteración de la marcha “natural” del mercado.

La cuarta fase, según Roemer, es producto de las reformas de mercado introducidas en algunos países de la Europa del Este regidos en ese entonces por el sistema socialista: las reformas económicas después de 1950 en la ex Yugoslavia, en Hungría después de 1968, China con las reformas introducidas a partir de 1978, Polonia a principios de los años ochenta y la ex Unión Soviética en el periodo de reformas que puso en marcha Gorbachov en 1985.

La quinta fase del debate sobre el socialismo de mercado se relaciona con la crítica que Hayek realizó a la economía centralmente planificada, más allá de servir de sustento a la ideología del libre mercado, donde se señalaba que el Estado —al intervenir en el proceso competitivo— provocó que los ejecutivos de las empresas —al no ser responsables de su financiamiento— no se comportaran como agentes maximizadores de los beneficios, lo que a fin de cuentas ocasionaba que la economía se mantuviera en una situación de estancamiento o ineficiencia. En otras palabras, las empresas no se hacían responsables de sus pérdidas y su sobrevivencia no dependía de su productividad, sino de los apoyos económicos que les otorgasen los planificadores centrales. “Además, la selección, la promoción y el despido de los ejecutivos depend[ían] más de la lealtad política a los jefes del partido que del rendimiento económico de la empresa.” En términos generales, esas cinco fases de desenvolvimiento de la idea de socialismo de mercado no solamente muestran las limitaciones de la planificación central de la economía, según el autor, sino la necesidad de una distribución de los beneficios más igualitaria que no se puede conseguir solamente por medio del mercado: “[...] todas estas propuestas tratan principalmente de conseguir una distribución de la renta más igualitaria inhibiendo el crecimiento de una pequeña clase cuyos miembros obtienen rentas gigantescas de los beneficios empresariales”.

Aunque en esas cinco fases que enumera no queda claro cuál ha sido el papel de la idea de socialismo de mercado (sobre todo porque no pone atención en los conflictos sociopolíticos del actual siglo que hicieron posible el surgimiento de los sistemas socialistas), se concreta a decir que al parecer queda la impresión de que “[...] todas las concesiones han sido hechas de [la] parte socialista [...]”; sin embargo, agrega que el capitalismo ha hecho también concesiones importantes al socialismo. Una de ellas se deriva del papel cada vez mayor que ha tenido el sector público en los países capitalis-

tas, lo cual implica, según el autor, que el régimen del libre mercado es políticamente inaceptable. Además, para reforzar este argumento toma otra evidencia empírica: los gobiernos socialdemócratas escandinavos han hecho posible —con un sentido igualitarista— la distribución de la renta manteniendo vigentes los incentivos que posibilitan la maximización de los beneficios. Al mismo tiempo, señala que el éxito económico de los países del este asiático (sobre todo después del periodo de la posguerra) se basó en una combinación de la intervención estatal con la capacidad competitiva de las empresas. Finalmente, establece que las grandes empresas capitalistas han mostrado capacidad para resolver sus complejos problemas relacionados con la gestión, lo que resulta una evidencia a favor de la factibilidad de la propiedad privada.

Por su parte, el fracaso de las economías centralmente planificadas (las del socialismo real), según Roemer, se debió a que los productores no competían entre sí porque la mayoría de los recursos eran asignados por el aparato administrativo. Esto quiere decir que el aparato administrativo o político ejercía un control directo sobre las empresas. En suma, la falta de competitividad y hasta de democracia política, para el autor, fueron las causas que provocaron que los trabajadores tuvieran “[...] pocas motivaciones para trabajar duro si su despido era virtualmente imposible, y había pocos incentivos a ganar más porque había muy pocos productos disponibles”.

Después de establecer sus razones a favor del socialismo de mercado, Roemer hace una propuesta mediante un modelo que, según el autor, forma parte del socialismo de mercado, para analizar una cuestión: “las diferencias en el nivel de bienestar de los ciudadanos que comportarían diferentes modos de definir los derechos de propiedad en las empresas en presencia de males públicos”. Los males públicos, desde la perspectiva de la microeconomía (también para Roemer), se deben en parte a la existencia del *free rider*, es decir, la acción que realiza un sujeto o individuo y que puede tener un efecto negativo sobre la colectividad. Sin embargo, los males públicos son una característica de la economía capitalista, por ejemplo la contaminación, los cuales surgen al mismo tiempo que se van produciendo los beneficios de las firmas.

Pero volviendo a la propuesta de Roemer, encontramos que retoma la noción de “bienestar social” que, en el lenguaje de la microeconomía, es una función que agrega los niveles de bienestar experimentados por los individuos. En este caso, el problema se reduce a detectar el punto de equilibrio de dicha función de bienestar social. Supone que sólo se produce un bien que todos desean consumir, pero también hay un mal público, la contaminación. Al mismo tiempo, considera que hay un bajo porcentaje inicial de ricos y uno muy alto de pobres. Es decir, los ricos tienen la mayor parte del bien y los pobres, una parte pequeña. La utilidad, la medida de satisfacción del consumidor, es creciente en relación con el consumo del bien y decreciente respecto del consumo del mal público.

La dimensión “tiempo” la reduce a tres fechas que se caracterizarían por acontecimientos económicos relevantes (fechas 0, 1 y 2). El consumo del bien se da en las fechas 0 y 2, mientras que la producción y consumo del mal público ocurre en la fecha 2. Entonces el nivel de bienestar de un individuo depende del consumo del bien y del

mal en esas dos fechas. Tales acontecimientos son variables externas al modelo; por ejemplo, una situación meteorológica que tiene un efecto en las actividades económicas. En la fecha 0 el sujeto toma sus decisiones de consumo e inversión. Por su parte, en la fecha 1 los individuos votan para determinar el nivel de mal público permitido, hasta qué grado se aceptaría la emisión de contaminantes.

Cabe señalar que en la construcción de una función de bienestar social interviene la matemática. Pero el autor, por razones de simplificación, omite hasta cierto punto ese paso. Dentro de los supuestos establece la presencia de un mecanismo capitalista de financiamiento, el mercado de valores, que operaría en la fecha 0. Después de que se haya determinado la cantidad de mal público permitido en la fecha 1 (así como el estado del mundo, y la producción en la fecha 2), el ciudadano recibe la parte del producto de cada empresa igual a la participación accionaria; también recibe la cantidad depositada en el banco en la fecha 0, incluyendo los intereses. El lector puede visualizar todo este movimiento por medio de un esquema que el autor presenta en el capítulo 8.

Por otro lado, la función de bienestar social de Roemer le permite detectar el equilibrio; el conjunto de precios para las acciones de las empresas y un tipo de interés en la fecha 0; una cartera de acciones y una decisión de consumo para cada ciudadano en la fecha 0; una cantidad de inversión para cada empresa y la correspondiente cantidad de mal público. Llama a ese equilibrio “político-económico capitalista”.

Al mismo tiempo, define un equilibrio político-económico de socialismo de mercado como “un conjunto de precios para las acciones de cada empresa —[...] fijados en cupones— y un tipo de interés en la fecha 0, una decisión de cartera de acciones y de consumo para cada ciudadano en la fecha 0, una cantidad de inversión para cada empresa y una cantidad de mal público”. En cambio, el equilibrio político-económico capitalista se diferencia porque los precios de las acciones están fijados por cupones. En este caso, el lector puede observar los resultados de los cálculos de equilibrio general en economías de cupones y capitalista en una tabla incluida también en el capítulo 8. Los resultados que obtiene son equivalentes para la economía de cupones y capitalista, pero la diferencia radica en que en la primera economía no se pueden cambiar cupones por el bien. Y agrega: “Disponer de una bolsa de cupones en la vida real tendría la ventaja de impedir que los pobres vendieran sus participaciones prematuramente a los ricos”.

Una revisión general del caso de Yugoslavia, ahora dividida por los efectos de una guerra civil, le permitió concluir que el fracaso del socialismo de mercado en dicho país se debió a que quienes controlaban los órganos estatales, nacionales y republicanos, no permitieron la autonomía de las empresas ni fomentaron la competencia entre ellas. De esto infirió lo siguiente: tal situación no es culpa de la dictadura política —olvidándose de los matices o diferencias, porque ésta ha impulsado el desarrollo económico en los cuatro tigres asiáticos— ni de la planificación que en Singapur y Corea del Sur también ha favorecido su crecimiento económico, sino de las “actitudes” que se adoptan frente a la competencia.

Roemer considera que la democracia es una condición necesaria de la igualdad política; pero que no debe confundirse a los “partidos socialistas en el poder” con un país socialista. La democracia, al permitir la contienda por el poder entre partidos de diferentes corrientes ideológicas, abre la posibilidad de que los partidos socialistas lleguen al poder. Sin embargo, un régimen de socialismo de mercado se caracteriza por su constitución, sus normas o reglas, la cual limita la acumulación de propiedad privada de activos y protege, al mismo tiempo, otras formas de propiedad.

Otra manera que propone para conseguir la igualdad de oportunidades es mediante una mejora sustancial en la educación impartida a los hijos de los pobres y los trabajadores. De este modo, según su punto de vista, se lograría reducir al mínimo la distribución desigual de las habilidades y los talentos que también se expresan como una brecha salarial. Así, reconoce que en un principio contar con gente más preparada es un requerimiento de la economía, la necesidad de contar con más fuerza de trabajo calificada entrañaría posteriormente a un cambio de valores para lograr “el advenimiento de una sociedad sin egoísmo”.

La “izquierda”; según Roemer, ha hecho críticas al socialismo de mercado donde predominan las empresas gestionadas tanto por los trabajadores como por los ejecutivos. La objeción común es la que responsabiliza a la competencia de los defectos fundamentales del capitalismo y que la propuesta de socialismo de mercado los hereda porque también se sustenta en la competencia entre firmas. El autor nuevamente defiende la competencia y resalta que en la distribución de los beneficios priva un grado de libertad en las sociedades capitalistas a pesar de que se mantenga constante el nivel de eficiencia económica. En otras palabras, se permite la concentración “excesiva” de los beneficios, lo cual no se debe al uso de los talentos escasos. La competencia y sus efectos negativos, según Roemer, seguirán presentes en el socialismo de mercado, porque hasta el momento ha demostrado ser un mecanismo de innovación y de generación de bienes de calidad, y el fracaso de la economía de la ex Unión Soviética al parecer lo confirmó.

Por otro lado, es partidario de que haya una gestión mayoritaria de las empresas en manos de los ejecutivos y en menor grado en las de los trabajadores. La razón es que los primeros tienen una mayor capacidad de riesgo que los segundos. Además, el problema no radica en la gestión —quién maneja— sino en la índole privada del financiamiento.

En suma, Roemer pretende que el lector llegue a la conclusión de que el socialismo es una forma de igualitarismo donde las relaciones de propiedad deberían evaluarse en función de su capacidad para generarlo. Además que el capitalismo ofrece “[...] varias experiencias fértiles para diseñar la nueva ola de experimentos socialistas”. Al mismo tiempo, piensa que los países de Europa central y oriental pueden transformarse en un terreno fértil para construir instituciones que apoyen al socialismo de mercado. Esto en el corto plazo no podría suceder debido a la aversión ideológica que se tiene hacia el socialismo; sin embargo, ante el fracaso de los experimentos “extre-

mos” del *laissez faire* como en la República Checa y el “[...] capitalismo vulgar de México, o Brasil” podrían llegar a tener apoyo las propuestas del socialismo de mercado.

Finalmente, piensa que los países que clasifica como “democráticos en vías de desarrollo” y “autoritarios”, donde la tasa de crecimiento y la distribución de la riqueza ha sido insuficiente, pueden transformarse en candidatos para el socialismo de mercado. Al menos piensa que partidos políticos como el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) de México, una vez que lleguen al poder, se inclinen por ese camino, algo que me parece aventurado afirmar; sería mejor esperar a que lleguen a tomar el poder.

El libro se acompaña de un apéndice donde Roemer intenta demostrar la viabilidad de una economía de cupones para los Estados Unidos. Pero al margen de esto, pienso que el lector dispone de un libro que le despertará un conjunto de reflexiones en un momento en que la coyuntura actual al parecer demuestra las limitaciones de la economía capitalista para producir empleos y bienestar para las poblaciones que habitan tanto países desarrollados como subdesarrollados.

*Miguel Ángel Vite Pérez**

* El Colegio de México.